

# LA DUNA

## Tercer classificat

### Roberto Matías Crowder Serván

Periodista, escritor, corrector de estilo. En el año 2009 recibió el primer Premio Saramago de Literatura. En el 2010 ha publicado la novela *En el tren* en Ediciones Albores, y el libro de relatos *Norma cena con Cheveer* en Ediciones La Discreta.

1. 15 de febrero de 1887. El campo amaneció agrietado, como si toda su tierra reseca se hubiera puesto en desacuerdo, aplastado bajo toneladas de espejismos; su aridez enseñaba cientos de huellas detenidas en el tiempo. Las osamentas de los animales que la sequía había derribado, deslumbrantes bajo el sol, yacían desde hacía tanto tiempo tendidas en los campos, en los alrededores de los molinos secos y los estanques vacíos, que los perros salvajes ya casi habían acabado con los restos de los cueros. Era el quinto mes sin lluvia en Trenque Lauquen. Las cenizas de los incendios que la sequía había generado, y que habían acabado con varios cascos de estancias, yacían humeantes, las vigas carbonizadas sobresaliendo de los escombros, enrojecidas al repuntar el Pampero<sup>1</sup>. El viento llevaba días soplando sin rumbo fijo, anunciándose en aquella bocanada de fuego que ladeaba los pastizales y las crines de los caballos, acercando el final de las cosechas. Todo había comenzado por culpa de aquella maldita duna.

La duna, su mortaja blanquecina de medio kilómetro cuadrado de extensión, amaneció sobre el campo de los Ortiz Valleja llena de los espejismos verdes del primer sol de la mañana, como un mar de ruina, exilio y hambruna. Cuando Ricardo Ortiz Valleja sintió aquel viento seco y maldito golpearle el rostro con sus primeras partículas de arena, degustando su salitre amargo en la boca, como si proviniera directamente de las profundidades del Infierno, supo que todo estaba

perdido. La maldita duna había arruinado a los Concilio Torres y a los Herrera Martínez, a los Jimenez y a los Gómez Ultranza, cambiando de campo en campo como un cáncer arrastrado por el Pampero, contra el cual no se podía hacer más que rezar que pasara lejos.

—Maldita sea —dijo Ortiz Valleja— estamos arruinados.

La duna quemaba la tierra sobre la que se posaba haciendo imposible que creciera cultivo alguno o el más mínimo pasto para alimentar al ganado. Cuado al fin se retiraba, de forma tan misteriosa como había llegado, escurriéndose como un indio en la noche, todo yacía en cenizas como si de fuego se tratara. Ricardo Ortiz Valleja tomó un puñado de ella y lo lanzo al viento volviendo a maldicir su suerte.

—¡La maldita duna del carajo!

La voz se corrió por todo el pueblo, llenando las tertulias con las antiguas leyendas de la Campaña al Desierto<sup>2</sup>. El poblado de Trenque Lauquen vio partir la carreta con todo las pertenencias de los Ortiz Valleja dos días más tarde, cuatro vacas famélicas, dos bueyes, cuatro perros y los siete hijos varones de la familia, como una procesión fúnebre, sin más rumbo que el destierro y el reino del hambre y los trabajos forzados como familia de peones, no ya como arrendatarios, luego años de luchar por las mismas tierras. Desde la misma Campaña dejando el alma por una parcela, fáciles matanzas de indios y procesión del resto engrillados para ser vendidos como esclavos en Buenos Aires, los que no caían como moscas en el camino, los que se dejaban arrear como ovejas. Y luego, en Buenos Aires, las luchas con los políticos porteños y los caudillos de la Campaña por el pago de la guerra, bajo el ala protectora de los viejos oficiales militares. Hasta que al fin la gente de Juárez Celman les dio aquellos lotes en los confines del mundo...

Todas las familias que los vieron pasar, los “golondrinas”<sup>3</sup> que jugaban a la taba en la puerta de la pulpería, la guardia de la soldadesca criolla apostada contra el fortín, las jóvenes que lavaban la ropa en las aguas del río, arremangadas sus faldas y

---

<sup>1</sup> Pampero: viento de la región.

<sup>2</sup> 1980. Campaña del Coronel Julio Argentino Roca para liberar las tierras del sur argentino de los indígenas que las habitaban.

<sup>3</sup> Trabajadores que migran de campo en campo según temporada.

descalzas, los guachos matreros que regresaban solitarios de los campos montados en sus caballos, todos temieron por su destino. El pueblo mismo dependía del campo. La tragedia cargaba el aire de una tensión tan espesa que parecía otorgarle peso a los pañuelos de formas triangulares sobre las espaldas de los hombres, presionando los estrechos cuellos abotonados de los vestidos de las mujeres.

Esa mañana el párroco Benjamín Coto vio los bancos de la Iglesia ocupados desde temprano. Incluso las familias de los campos más alejados, donde viajaba el párroco en carreta para bautizar o dar los últimos sacramentos contadas veces al año, estuvieron presentes con sus trajes de domingo. La cola para las confesiones retrasó la lectura del Evangelio. El párroco dio la misa como siempre, en latín y de espaldas a la gente, de frente a su Dios, pero dado el desánimo general se permitió por vez primera explicar el sermón frente a sus feligreses. Se trataba de las bodas de Canaán, uno de los relatos bíblicos que más apreciaba, palabras con las que deseaba contagiar de entusiasmo y fe a los fieles.

—La fe —dijo— es la que hace que el vino y el pan jamás se acabe, que permanezcamos en una eterna comunión con Dios nuestro creador.

La luz que se filtraba por los vitros, resaltando las figuras bíblicas, cargaban el aire de partículas de polvo, como si cada fiel desprendiera de su cuerpo parte de aquella duna que los acosaba desde hacía semanas.

La cola de la comunión llegó casi hasta bajo el rosetón de la puerta de entrada. Terminada la misa, un sin número de mujeres se acercaron a que les bendiciera las cruces y las estampitas. Luego el párroco se quedó viendo partir las carretas de sus feligreses, envueltas en las mismas auras de polvillo arenoso en las que yacía todo el pueblo, pensando qué familia sería la siguiente. Como cuando se quemaban los campos para ararlos y volver a cultivarlos, llenando el cielo de ceniza, la duna parecía contagiar a todo su arena, así la iglesia y el pueblo estuviera a kilómetros de distancia.

—No hay cosecha. No sé qué vamos a hacer. La situación es desesperante. La soja prácticamente se está muriendo y el maíz, con un grano tan pobre que no sirve, lo estoy cosechando para dárselo de comer a las vacas —dijo Ciampetti acercándose al párroco— y esa duna maldita le puede caer a uno en cualquier momento.

Un coro de hombres lo rodeó a la espera de su consejo.

—Es una maldición, algo debimos hacer mal para que Dios nos condene con plaga tan renegada—dijo el alcalde Rogelio Torres, las manos enfundadas en la estrecha levita.

—Los caminos del señor son misteriosos, no tenemos que olvidarnos de eso—dijo el párroco.

—Esto es obra de mandinga —dijo Ciampetti— que Dios ni que nada.

—Seamos razonables —dijo el párroco.

2. El párroco despidió a sus últimos feligreses. Como después de cada misa, se quitó la sotana ceremonial y vistió su habitual hábito de monje carmelita. Cerró todas las persianas y apagó las velas, una por una, mojando con saliva la punta de sus dedos. Una vez que hubo retirado los utensilios del altar para guardarlos bajo llave en la urna de la nave central, se arrodilló en el primer banco pensativo.

El obispado lo había enviado desde Buenos Aires hacía ya más de cinco años, tiempo suficiente para conocer a su rebaño. Estaba allí desde que Trenque Lauquen no era más que unas cuantas casas y una pulpería, desde el inicio de la llegada de los antiguos combatientes de la Campaña del Desierto de Roca a quienes fueron otorgadas la mayoría de las tierras. ¿Por qué la desgracia se cebaba con ellos?

La puerta de entrada rechinó interrumpiendo sus pensamientos. Una sombra se alargó sobre el altar. Un hombre de sombrero y culero de gaucho matrero cruzó el pasillo sin hacer la señal de la cruz una sola vez ni mojarse la frente con agua bendita. Sin duda, pensó el párroco, se trataba de un pagano. La arena que desprendía su atuendo difuminaba su figura.

—Padre —dijo la voz— Creo que tengo algo que le va a interesar.

Benjamín Coto miró al desconocido creyendo reconocerlo. Era el desaparecido maestro de escuela Alfredo Gómez, a quien solía ver rodeado de niños a la salida del colegio, siempre vestido con traje y pajarita, pulcro y serio como ministro de provincia. Había desaparecido días atrás dejando sin clases el colegio, nadie le había vuelto a ver desde entonces. Su aspecto era el de uno de esos vagabundos que vagaban por los campos robando el ganado y durmiendo a la intemperie.

—¿Qué le ha pasado? Hay mucha gente preocupada por usted.

—No importa lo que me ha pasado a mí. ¿Tiene un momento?

Ambos se dirigieron al altar. Alfredo Gómez desplegó un mapa de Trenque Lauquen y los alrededores, el cual llegaba hasta Pehuajó, Carhué y Santa Rosa, incluía el paso del Ferrocarril y la antigua zanja de Alsina (construida antes de la Campaña al Desierto para impedir a los indios que robaran el ganado, en desuso a la fecha) como una cicatriz abierta en la tierra. Encima del mapa una cuadrícula dibujada a lápiz y escuadra cortaba arroyos y montes en decenas de pequeños cuadrados con nombre.

—Es el mapa de Trenque Lauquen. Usted sabe que hace años, cuando Alsina<sup>4</sup> dio los campos como pago a los soldados de la Campaña del Desierto, trazó esta cuadrícula para orientarse y repartirlos. Para financiar la expedición se cuadrículó la Pampa entera y parte de la provincia de Buenos Aires en parcelas de 10.000 hectáreas y se emitieron títulos por la suma de 400 pesos fuertes cada uno, que se vendieron en la Bolsa de Comercio. Así pasó con casi todas las tierras con excepción de Trenque Lauquen. Estas se dieron a los antiguos soldados recortándolas en parcelas mucho más pequeñas. Ínfimas.

—La gente que ahora habita el pueblo.

—Eso mismo. Si hacemos un seguimiento de por donde está yendo la duna, vemos a las claras que pareciera que se estuviera dibujando algo en el mapa. Fíjese usted.

El párroco observó la cuadrícula sobre el mapa mientras el maestro de escuela tachaba los cuadrados nombrando sus antiguos propietarios exiliados tras la llegada de la duna. Así fue tachando un cuadrado tras otro hasta llegar a formar una cruz a la izquierda del mapa. Y luego otra, centrada. Y luego un palo a la derecha que bien podía interpretarse como la formación de una tercera cruz. A las claras se veían dibujadas dos cruces y una tercera por aparecer.

—Son solo coincidencias, señor —dijo el párroco.

—¡Virgen Santísima! ¿Una duna que se mueve en forma de cruz es una coincidencia? He estado recorriendo los campos quemados por la duna. Parecen rociados con sal, no queda nada con vida. Ni los chimangos se le acercan. Pensé que usted me daría una explicación.

---

<sup>4</sup>Adolfo Alsina (1829-1877), juriconsulto y político argentino, uno de los fundadores del Partido Autonomista, vice-presidente de Domingo Faustino Sarmiento entre 1868 y 1874.

—¿Qué le puedo decir yo?

—Muy bien, si no tengo razón, me equivocaré en decir que el próximo campo será el de los Aguirre.

—No se apresure a andar diciendo esas cosas por el pueblo.

—Mi boca será una tumba si eso es lo que le preocupa.

El maestro enrolló su mapa y lo guardó en su abrigo. Al hacerlo el párroco notó que iba armado. Toda aquella gente, incluido el maestro, habían sido soldados, muchos de ellos habían peleado en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, de la que aún se contaban sus sangrientas anécdotas. El maestro llevaba como protección una de aquellas corazas de cuero que el Coronel Alsina había mandado fabricar al Arsenal de Buenos Aires para proteger a la tropa de las lanzas de los indios, remojadas y secadas al sol para reforzar su dureza, y que la tropa solía rechazar considerando su uso como “cosa de cobardes”, la cual le extrañó ver puesta en aquel antiguo soldado vuelto maestro; según se contaba Alfredo Gómez había tenido fama de “bravo”. El hecho que la gente como él se hubiera convertido en campesinos o maestros de escuela no dejaba atrás un pasado de violencias. El maestro se despidió y, antes de que cruzara la puerta, el párroco preguntó:

—Dígame, ¿por qué desapareció así y se fue detrás de esa duna maldita?

—Tuve un sueño. En el sueño veía arder tres cruces en el campo.

—¿Solo por un sueño?

—Yo creo que es una señal. Un estigma.

—¿Una señal de qué?

—No lo sé. Recuerde que vine a preguntarle a usted justamente eso.

3. Un horizonte plano e infinito enseñaba un campo quemado en los sitios arrasados por la duna, donde los espejismos parecían condensarse en mares de olas negras de cenizas. Los arroyos que antes cruzaban los campos habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra; los girasoles de los campos aldeaños se inclinan abrumados como testas penitentes.

El párroco llegó al campo de los Ortiz Valleja en pleno mediodía. Aquella soledad devastada parecía crear un agujero en su pecho. Nacido en París y ordenado sacerdote en Buenos Aires, dos de las mayores urbes del mundo conocido, siempre le había llamado la atención la sensación de vastedad al contemplar el horizonte del campo argentino, donde todo parecía una nimiedad bajo la llanura infinita, los

cielos inmensos, con esa inmensidad que es más bien ausentismo, y aquella tensión de tragedia en el aire. Caminó por donde antes crecía el trigo, a la fecha vuelto las cenizas, en el intento de que no se le metieran las cenizas entre las hendiduras de sus sandalias. Caminó al menos durante una hora hasta divisar la raya entre la agonía y la muerte que la duna había logrado marcar como si de una línea tirada a cordel se tratara. Le pareció más que singular el hecho de que esta pareciera regirse por una línea recta cuando una duna no respetaba geometrías. ¿Cómo era posible? ¿Se encontraba realmente ante la evidencia de un estigma divino?

El párroco alcanzó la duna pasado el mediodía, se quitó las sandalias, trepó su cuesta de arena con los pies desnudos y permaneció sobre la ladera de barlovento. Observó como los granos de arena impulsados por el viento parecían saltar una o dos pulgadas sobre la duna, agujoneando sus tobillos y haciendo que la superficie de esta pareciera estar en constante movimiento de ascenso hacia la cresta. En la protuberancia más alta de la duna se arrodilló para examinar de cerca su superficie; los granos de arena que viajaban por el aire caían en cascada bajando la empinada ladera de sotavento en pequeñas avalanchas blancas. Bajó por su ladera norte notando cuan quieto y tirante se sentía el aire al reparo del viento. Los físicos de su tiempo habían logrado ecuaciones matemáticas claras que describían el comportamiento de los sólidos como los ladrillos, líquidos como el agua y gases como el aire. Pero los materiales granulares como las dunas no encajan bien en ninguna de esas categorías, actuando algunas veces como sólidos y otras como fluidos.

Si entrecerraba los ojos podía escuchar una especie de canto imperceptible. Como lector que era de textos no sagrados sabía que desde los tiempos de Marco Polo algunos viajeros habían percibido cierto sonido proveniente de las dunas. Se decía que este canto provenía del choque entre sí de las partículas que la conformaban. La duna en la que estaba parado parecía cantar un eterno “hosanna”, aquella palabra hebrea que significaba “salva ahora” y que en la religión cristiana tantas connotaciones tenía.

Volvió al pueblo sin prisa, dejando el caballo a rienda suelta. Esa noche soñó que la duna se prendía fuego como si de pasto seco se tratara y la cruz que dibujaba podía verse a miles de kilómetros de distancia.

4. Corrían los años de la Guerra de la Triple Alianza. Las últimas ofensivas del Ejército Argentino en Asunción habían logrado derribar las últimas fortificaciones antes de tomar la ciudad. Demasiado confiados en el triunfo, el jefe de batallón decidió a campar a orillas del Pilcomayo. En plena noche, cuando el sonido de los insectos se hace más fuerte, los gritos de guerra despertaron a la tropa. El Ejército de López los atacaba por retaguardia, arrinconándolos contra las aguas del río. Los criollos retrocedieron hasta ver que no tenían salida. En uno de aquellos ataques enemigos que barrían la tropa sembrando las orillas de cadáveres, el por entonces sargento Aguirre Maldenson propuso cortar a trozos la bandera argentina para que no cayera en manos del enemigo, y que cada soldado se llevara un trozo. Según solía contar el mismo Maldenson, aquel regimiento furioso de paraguayos formado por hombres, mujeres y niños, los masacró como si de títeres con sables se tratara. El sargento logró sobrevivir tras ser herido y ser tomado por muerto. Todos aquellos atacantes nocturnos fallecieron al día siguiente en la sangrienta batalla de Ituzaingó que puso fin a la guerra.

Trascurrido un tiempo, Maldelson había recorrido media Argentina para dar con cada uno de los trozos de aquella bandera, llegando incluso a desenterrar a sus soldados muertos. La misma colgaba remendada en el pórtico de entrada del ayuntamiento, rígida, sin el menor asomo de ser ondeada por la más mínima brisa de viento, bandera que había servido de mortaja a tantos de su clase, parecía guardar aún la rigidez de la muerte.

Aquella historia sobre el sargento Maldeson, en el presente Jefe de Campaña, se la había contado el alcalde unas horas atrás al preguntarle por el extraño aspecto de la bandera, y ahora que, parado en aquel atrio frente al gentío esperaba a que todos tomaran asiento y se hiciera al fin silencio, observaba la bandera como si esta le transmitiera un oscuro designio, haciéndole acordar en sus remiendos toda aquella tierra agrietada de los campos, suelo en el que días anteriores había estudiado el curso destructivo de la duna.

En el ayuntamiento se encontraban reunidos la totalidad de los pobladores de la zona, incluso aquellos vecinos que los últimos años se habían aislado en sus campos refugiados de los caprichos y del apetito por las hijas de los paisanos de Trenque Lauquen del Jefe de Campaña (otro de los cotilleos del alcalde). El profesor

Evaristo Yuritin podía ver las caras de asombro al contemplar su maqueta, colocada sobre una mesa de villar de la cantina a la vista de todos. Aquella era gente ruda en un ambiente rudo, algo muy distinto a las clases de ingeniería de Buenos Aires donde daba cátedra. Podía olerse aquel tufillo de gente de pueblo en el aire, y la desconfianza que les provocaba su visita. Nadie quería abandonar su tierra, nadie quería ser el siguiente en la lista de la duna.

El presidente Juárez Celman lo había enviado alertado por los informes de rebeldía de los pobladores; según su Jefe de Campaña, Aguirre Maldelson, el antiguo sargento sobreviviente de la guerra del Paraguay, el mismo que lo observaba con las piernas cruzadas en la primera fila, el peligro que se cernía sobre ellos podía ser el desencadenante de una revuelta. Celman lo había enviado a poner paños fríos temiendo que aquello fuera la mecha que encendiera la rebelión del interior, que por aquel entonces, como toda Argentina, solo esperaban un soplo para caer sobre Buenos Aires.

—...Sabemos que la duna se mueve según el viento, y que de un día al otro, de caer en nuestros campos, puede arruinar la cosecha y quemar la tierra por años.

—¿Y don científico como cree que puede parar eso? —preguntó un anciano de ojos vidriosos y poncho con la franja negra de luto por Quiroga.

—He visto detener las dunas con petróleo, el petróleo aglutina la arena impidiendo que esta se mueva, pero esto significa que todo olerá a petróleo durante años, que las lluvias lo expandirán llevándolo a otros campos, contaminando las fosas de agua, y lo que el petróleo toca es incluso peor que tirar sal a la tierra.

—¡Esto es obra de Mandinga! —dijo una mujer seguida del cuchicheo del resto.

—Por favor, por favor, no nos pongamos teológicos. Seamos prácticos. Pensemos que es un efecto de la naturaleza. Si pensamos así quizá podremos pararlo. Mi idea es construir un enorme cajón de madera móvil en forma de pirámide —dijo señalando la maqueta de la mesa de villar—. La duna, para que tengamos una idea aproximada, se mueve como una oruga, el viento mueve su cuerpo hacia arriba y luego hacia abajo, y así se traslada de un sitio a otro. Mi idea es engañarla creando una pendiente donde su arena trepe empujada por el Pampero, pero que mientras lo haga sea tragada por la pirámide... Una vez que tengamos envasada a la duna nos la llevaremos muy lejos. A las playas del Atlántico.

El cura se puso al fin de pie. No veía con buenos ojos lo que el pueblo estaba por hacer. Tampoco podía crear el pánico entre ellos descubriendo el secreto de que la duna llevaba consigo, el dibujo de sus misteriosas cruces; sabía a las claras las viejas supersticiones que despertaría. No había un solo hombre que no creyera tanto en Dios como en la “Luz Mala”<sup>5</sup>, que no le pusiera rozas a la Virgen en misa y dejara tabaco a la estatuilla del “Gauchito Gil”<sup>6</sup> de la entrada del pueblo. Quizás lo que más le molestó fue aquella arrogancia del científico porteño aquel...

—¿Y si es una señal divina? —preguntó al fin el párroco sin poder contenerse.

—Si eso es yo no sé interpretarla —dijo el profesor— para eso está usted.

—Miré, don cura... —dijo el Jefe de Campaña.

Aguirre Mandelson, de barba renegrida, era en resumidas cuentas el Jefe Militar y Juez Civil de cuanto se decidía en Trenque Lauquen. Llevaba la charretera del uniforme de con la que muchos soldados habían visto lucir al mismo General Roca, bordada en los antebrazos con dorados arabescos, las hombreras altas con flecos dorados. El sable pendía de su cinto como una amenaza, el puño con el que lo sostenía parecía parte de su misma empuñadura.

El cura se retiró antes de que Mandelson lo pusiera en ridículo, para refugiarse en la galería. Se hizo a la gente formar filas para votar a favor o en contra del proyecto. Presidía la mesa Aguirre Maldelson, el profesor Yuritín y el alcalde; detrás de ellos, armados con sus fusiles, cinco soldados hacían de guardia. Las votaciones se hacían en vos alta, Maldelson solía felicitar al votante luego de votar a favor del proyecto. Podía escuchar su vozarrón rebotar en la galería.

—¡Muy bien, amigo, muy bien! ¡Usted es un patriota!

Sólo un hombre se atrevió a votar en contra. Se trataba de Eugenio Casas, padre de Eugenia Casas, raptada de su hogar por Maldelson, a la cual tenía de cautiva en su regimiento.

—¡Usted es un desgraciado! —dijo Maldelson.

Se escucharon unos gritos y hubo un gran revuelo cuando Casas, con la falta de experiencia de un arriero, desenfundó una pistola de entre sus ropas, enganchando el pestillo con el cinturón. Antes que pudiera terminar de desenfundar, Maldelson ya lo había derribado zurrándolo en la cabeza con el lado no afilado

de su sable. La guardia se llevó a Casas arrastrándolo hasta las afueras de Trenque Lauquen. Todo el pueblo los seguía. Los soldados clavaron cuatro estacas en la tierra reseca y ataron a ella a Casas, luego de arrancarle las vestiduras. El silencio era tal que solo se escuchaba el canto engañoso de los teros y el chocar de los aceros de los soldados. Luego de estaquear<sup>7</sup> a su preso, y dejarlo al sol, la gente se fue retirando, conmovida por la suerte de aquel pobre hombre.

5. El indio Pehuén cortó la carne del cimarrón, el mismo que había matado hacía ya dos días, limpiándose los dedos ensangrentados en su torso desnudo. Aquellas moscas azules gigantes impedían que atacaran las otras, las que pudrían la carne, y era mejor dejar que se comieran su parte si guardaban el alimento. Podía sentir su zumbido desde la toldería, así estas se mantuvieron quietas sobre los restos del cimarrón.

Pehuén Paquino Subito era de los pocos “indios civilizados” que aún se veían por la Campaña. Había trabajado la última temporada como peón en las cosechas hasta que la duna aquella mató el campo de los Torres. Entonces volvió a vagar por los campos montando y desmontando su toldería. Con unos cuantos caballos podía vivir eternamente, eso mismo se decía al menos hasta la llegada de aquella arena, salida de los gaulichos de las brujas de los blancos.

Recordó a su padre, jefe de su tribu, cuando una mañana despertó a toda la toldería desconcertado por la hendidura aquella en la tierra que llamaban la zanja de Alsina y que parecía extenderse hasta el mismo sol. Lo vio montando en su caballo y arremetiendo al viento con sus gritos de guerra para que la zanja desapareciera, sin poder lograrlo. Al terminar de comer el indio Pehuén montó a caballo con todos sus pertrechos arremetiendo contra el enemigo invisible con gritos y movimientos amenazantes, forzando el caballo, empapado ambos de sudor, lanzando su lanza una y otra vez contra el Pampero. Hasta que creyó haberlo vencido.

---

<sup>5</sup> Superstición del campo argentino sobre una “luz” con destello propio por los campos como alma en pena.

<sup>6</sup> Mártir y santo popular.

Se recostó a la sombra de un sauce. El sol caía tal violencia que parecía quemar la tierra, no había un solo animal, sus tres caballos o el ganado que se veía allá lejos en el monte, que no eligiera el reparo de la sombra. La duna, rodeada de campos en cenizas, situada a un tiro de piedra de donde se encontraba, parecía aumentar el calor con su reflejo. Observó las marcas de sus tobillos. No mucho tiempo atrás, había sido conducido con su antigua tribu a Buenos Aires, los pies engrillados. Entonces ya no estaba su padre para defender a la tribu con sus carreras a caballo y sus gritos sino que había muerto poco antes de la llegada del Ejército Argentino. En Buenos Aires habían sido divididos entre hombres y mujeres, los niños separados de sus madres. Aún recordaba el llanto de la suya al ser llevada por una familia rica como sirvienta. Trabajó como jardinero con una familia diferente hasta que se escapó y regresó al campo. Volver a hacerse salvaje era como volver a ser Pehuén Paquino Subito.

Caminó por la línea que había dejado marcada la duna hasta que volvió a sudar en exceso.

Pehuén Subito se quitó la poca ropa que llevaba puesta, aquellos pantalones de soldado azules que había cambiado por collares indios a una viuda del pueblo, y se recostó desnudo sobre la duna sintiendo el calor que transmitía a su cuerpo. Los chimangos sobrevolaban en círculos su cuerpo.

6. Los trabajos empezaron dos días más tarde de la reunión del ayuntamiento. Lo primero sería serrar la madera en los montes y trasportarla hasta el mismo lugar donde se situaba la duna para construir la pirámide. Luego, entre madera y madera, se colocarían bolsas rellenas del mismo elemento para que la arena no pudiera escapar.

Fueron días de intenso trabajo. Los hombres sudaban bajo el sol mientras las mujeres preparan las viandas en una especie de improvisado campamento. No habían estado juntos desde la Campaña al Desierto, al menos no así de juntos, y la gran mayoría de ellos ni siquiera habían coincidido en el mismo Regimiento. Muchos sentían la opresión que producía la extraña idea de que la Campaña jamás acabaría.

---

<sup>7</sup> Atar a cuatro estacas las extremidades del condenado y dejarlo al sol.

El último en llegar fue el indio Pehuén Subito. Llegó al galope con su caballo y se puso a trabajar con los demás hombres bajo el sol sin dar explicaciones.

La pirámide que debía encerrar la duna era casi tan grande como el largo de cuatro vagones de ferrocarril, del alto de un edificio de tres plantas, aquellos que solo se veían en Buenos Aires, con aquella falta de punta, el hueco por donde esta debía tragarse la arena. Se construyó dejando debajo varios chasis de carretas para poder mover lapirámide hasta donde fuera preciso. Para ese entonces la duna casi había completado su tercera cruz.

—¿Usted realmente cree que esto va a funcionar? —preguntó el párroco al ingeniero.

—Si la duna se mueve, y el viento nos ayuda, ascenderá por la pirámide y esta se la tragará.

—Quizá debiéramos ponernos a rezar.

—Quizá.

La voz de que un milagro estaba sucediendo en el pueblo de Trenque Lauquen se había expandido a toda la Campaña. Solían llegar familias enteras desde otras poblaciones y acampar en las inmediaciones para ver la pirámide aquella. Esta tomaba forma a medida que pasaban los días, elevándose al cielo como un totem sagrado. Lo que al principio había parecido a los pobladores la más peregrina de las ideas, poco a poco, como una obra de ingeniería que traspasaría el tiempo, fue haciéndose parte de ellos. Por la noche, junto a las hogueras que se encendían alrededor, podía verse a los trabajadores tallando a cuchillo nombres e historias del pueblo en su madera.

Al fin llegó el día de la inauguración oficial. Mientras los hombres esperaban su bendición, el párroco, vistiéndose con el hábito en una carpa cercana, recordó los años de la Campaña como si las palabras del maestro de escuela, las mismas que había desoído, comenzaran a cobrar sentido. Había tenido el mismo sueño que el maestro al menos tres veces, sueño que le habían transmitido varios habitantes del pueblo. ¿Era un fenómeno habitual que los habitantes de todo un pueblo tuvieran el mismo sueño?

Los recuerdos acudieron solícitos, desordenados, tomando forma a medida que llegaban a su mente... Recordó que, según el batallón, muchos soldados casi no habían tenido que disparar un solo tiro contra los indios. Pero no había sido lo que había sucedido en el batallón donde oficiaba de sacerdote.

Una noche, cuando llevaban a una gran multitud de indios encadenados rumbo a Buenos Aires, sería el quinto día de caminata por el desierto, uno de los gauchos dijo reconocer a un indio que había atacado su campamento. Era un indio con el pelo cortado a cuchillo a la altura de los hombros, como el Ejército había cortado las cabelleras a casi todos los indios para evitar una infección de piojos, un collar de huesos de pescado en el pecho. Al ver la sombría pasión que tensaba los rasgos del indio, y que daba a sus ojos una llama de orgullo suicida, enseguida sentía uno lo engañoso de la supuesta calma de su superficie.

El acusador, un gaucho de las inmediaciones de los fortines, dijo que el acusado había llegado con un grupo de indios, les habían cortado las plantas de los pies a las mujeres para que no escapasen y habían matado a todos los hombres (él se había salvado pero llevaba una gruesa cicatriz en el cogote). Aquel rumor se extendió como la pólvora y, esa misma noche, cuando el alcohol había subido lo suficiente, agitado por los malambos y los gatos<sup>8</sup> de unos payadores improvisados, se soltaron las últimas amarras: un grupo de soldados pasaron a cuchillo a hombres, mujeres y niños indios. Aquel mal recuerdo lo perseguía, como si la locura lo siguiera donde fuera que estuviera, como si estuviera maldito.

Al amanecer de la noche de la masacre la sangre derramada había vuelto loco al batallón entero. El comandante de la división aseguró:

—Ya lo decía el General Conrado Villegas: “sabemos que el indio es como el tero, que en un lugar grita y en otro tiene el nido”.

Los soldados vigías alertaron que los indios del cacique Metralfucá estaban apostados en la falda de la sierra. El batallón atacó la toldería haciendo botín de mujeres y chusma. Los que quedaron vivos, cerca del veinte por ciento de todos los indios que el batallón traía y los que sorprendieron en la sierra, fueron embarcados en Carmen de Patagones con rumbo a la isla Martín García.

Martín García funcionó como un gigantesco campo de concentración. El párroco podía sentir el agua fría de las bendiciones mojando su sotana luego

de días enteros dando el último responso a miles de indios recién convertidos a la religión cristiana. Allí llegó a haber reunidos más de diez mil indios. Tuvieron que habilitar dos cementerios especiales. Sus familiares colgaban de las cruces sus collares y sus plumas y estos, al menos atisbo de viento, parecían dar vida a los muertos... De eso hacía ya tanto tiempo.

—Vamos padre, que no tenemos todo el día —escuchó decir al ingeniero entrando en la carpa del campamento.

La voz lo sacó de sus pensamientos. Sin discurso previo, aturdido aún por los malos recuerdos, dio la bendición a la pirámide frente al coro de hombres y mujeres que la había construido.

La pirámide se levantaba sobre los chasis de cuatro carretones abrochada con bulones. Su aspecto, sin lijar las maderas con la que había sido contraída, con las talladuras de las historias que la contenían, la acercaban a un extraño producto de la naturaleza, un capricho geométrico de esta. Hubo festejos, carreras de caballos, baile y timba hasta bien entrada la noche.

Por ese entonces la duna había atacado el campo de los Aguirre, como le había predicho el maestro de escuela, desaparecido desde la última vez que lo había visto en la parroquia. La tercera cruz se terminaba de completar quemando el campo que este le había señalado.

Al día siguiente de inaugurada la pirámide, la duna desapareció para siempre como si la tierra se la hubiera tragado. Ni un solo grano de arena había entrado a la pirámide, la cual quedó apostada durante días a un costado de las vías del tren y fue ocupada tiempo más tarde por los vagabundos habituales que recorrían los campos en busca de comida. Al día siguiente de la desaparición de la duna, una lluvia torrencial barrió Trenque Lauquen inundando los campos, devolviendo cause a los arroyos resecos, conciliando para siempre las rajaduras en desacuerdo de toda su tierra.

Pasados los años el párroco escribió la historia de aquella misteriosa duna. Juntó todas las pruebas de las que disponía y las hizo enviar por carreta a Buenos Aires a un conocido suyo cercano al Obispo. Por años no recibió una sola señal de que la carta había llegado a destino.

---

<sup>8</sup> Bailes típicos argentinos.

Era domingo de Ramos y la gente acudía con sus olivos a misa para que fueran bendecidos cuando, dando la bienvenida al templo como solía hacerlo en la puerta del mismo, vio un jinete llegar levantando una polvareda a su paso. Era el correo que no conocía día de descanso. Se trataba de un mozo de poncho y sombrero calado, que estirando la mano por debajo de su poncho le entregó una carta y partió raudo. El párroco sopesó sobre su mano un sobre con un abultado sello rojo. Era el sello del Vaticano.

Escondió la carta entre sus ropas y no volvió a pensar en ella hasta que, mucho después de dar misa y bendecir los ramos, estudió la epístola sobre el altar. La carta confirmó lo que siempre había pensado, y para lo cual el Vaticano le anunciaba la futura llegada de sus expertos en un vapor desde Roma. Que la misteriosa duna que años atrás había asolado los campos podía tratarse de un extraño milagro nacional.